

Nuevos golpes de la fortuna adversa le esperaban aún, cuando ya creía tener la llave de la tranquilidad en su mano. En 2 de Julio de 1601 murió heroicamente en la batalla de las Dunas su hermano el alférez Rodrigo de Cervantes, á quien Miguel había enseñado el oficio de las armas, y que con tanta gloria le siguió en la Tercera y en otras ocasiones. La soledad en torno de Miguel iba creciendo.

En 14 de Septiembre de 1601 los contadores de relaciones hacían cargo á Cervantes por los 136.000 maravedises que le pagó Francisco Pérez de Vitoria en Málaga y no mucho tiempo después mandaban al Proveedor general Bernabé del Pedroso, residente en Sevilla, que detuviera y encarcelase á Miguel hasta que rindiese cuentas ó diera fianzas suficientes para trasladarse á Valladolid y dar allí sus descargos. A últimos de 1602 se vió, pues, Cervantes metido en la maldita cárcel de Sevilla, no se sabe si por muchos ó por pocos días ó meses. Aquel receptor de Baza Gaspar Osorio de Tejeda á quien reconocimos en 1594 como uno de los precursores del triunfante caciquismo, fué quien hizo hincapié con el fin de que Cervantes se presentara á dar cuentas, más por perjudicarle que por otra cosa. En 24 de Enero de 1603 los contadores se hicieron cargo de que lo no satisfecho por Cervantes era sólo un descubierto de dos mil trescientos cuarenta y siete ó dos mil seiscientos y tantos reales que probablemente serían partidas fallidas y no cobradas por Miguel: manifestaban también aquellos señores que habían ordenado á Pedroso que soltara á Cervantes de la cárcel de Sevilla, sin que éste se hubiese presentado, como consecuencia de quedar en libertad. Era necesario, por consiguiente, que Cervantes se trasladara á Valladolid, en donde estaba la corte de España desde Enero de 1601.

Salió Cervantes de Sevilla, á donde no había de volver, á principios de 1603. Al echar la mirada última á las torres que el sol blanqueaba al amanecer y al anochecer doraba, no pensó que para siempre se despedía. No conoció que entonces era cuando definitivamente, irremediabilmente, había entrado en el otoño de la vida. Quizás no le importaba mucho. Consigo llevaba su malestín y en él... en él iba encerrada la inmortalidad.

## CAPÍTULO XLIV

## CERVANTES LEE EL QUIJOTE

Camino adelante, desde Sevilla á Valladolid, iba Miguel, antes que en los reparos de los señores contadores, pensando y repensando en su libro, contándose á sí mismo sus alabanzas y méritos y enumerando muy paso á paso las tachas que podrían ponerse. En los forzosos descansos de ventas y mesones sacaba y repasaba el manuscrito, en tan diversos papeles y tintas estampado. Volvía á ver con grave y profunda atención los lugares donde los sucesos de su libro ocurrían, y acaso acotaba y atajaba lo escrito ó metía añadiduras é hijuelas.

Aun siendo tan grande la fertilidad de su ingenio, parece infantil suposición la de que Cervantes compuso al correr de la pluma y sin corregir ni releer su obra maestra. Probado está además, que en gran parte ó del todo se hallaba ya escrita la primera parte en 1602, y hasta era conocidísima de los sevillanos. Desconocer lo más elemental de la composición literaria sería pensar que en el *Quijote*, aun cuando haya descuidos puramente incidentales, hay algo hecho á la ventura, impensada ó irreflexivamente. Más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito, se escribió *por algo* y tiene un significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del *Quijote*.

Distinguir en la composición de uno de estos libros que á la humanidad iluminan, la parte que á la inspiración casi inconsciente corresponde y la que á la meditación pausada compete, es

punto ménos que imposible. Fácil es hallar alusiones, cuando se refieren á personajes ó sucesos muy públicos y conocidos. Dificil y peligroso aventurar hipótesis y conjeturas como las amontonadas sobre este libro único, y las que en lo sucesivo puedan arriesgarse. De intenciones no juzga la Iglesia y realmente no importa cosa mayor que Cervantes, como Colón, pensando hallar las Indias de Oriente, descubriera las occidentales: pensión de quien busca nuevos mundos es tropezar con mundos no esperados. Lo que importa es el arranque, la fe, el valor y la constancia para llegar á alguna parte, sea la que quiera.

De esas hipótesis y conjeturas, á las cuales me refería, es la de que el pueblo de Don Quijote fuese Argamasilla de Alba. Destruída la suposición de que Cervantes se halló preso en ese lugar, no hay motivo serio para insistir en que fuese Argamasilla el lugar de cuyo nombre no quería acordarse Miguel, quien, con estas frases no da á entender sino que tiene el propósito de despistar á sus lectores. "En un lugar cerca del suyo," dice que habitaba Dulcinea, y el Toboso dista ocho leguas de Argamasilla, y ningún manchego nacido ni por nacer llama *cerca* á ocho leguas. Lo mismo pudo ser ese lugar Miguel Esteban ó el Campo de Criptana, Quintanar de la Orden, Pedro Muñoz ó la Mota del Cuervo. A él le bastaba con que fuese un lugar de la llanura manchega, tierra apta para criar hombres amigos de engrandecer, ennoblecer y amplificar la vida, sacándola de los términos mezquinos, prosaicos y estrechos en que se desarrolla, y espaciándola por la anchurosidad de los campos, avaros de aventuras. Por exceso de amor á la vida—dice con gran acierto Barrés—Don Quijote camina hasta á la muerte.

La de los fuertes, la de los grandes son su religión y su moral. En tal sentido, su locura es la misma de Nietzsche, ya que hemos admitido provisionalmente ser verdad que Nietzsche y Don Quijote estaban locos, hasta que pasen años y se demuestre que ellos eran los cuerdos.

Contentábase á Miguel haber colocado á Don Quijote en un lugar de la Mancha, y bien claro veía que su caballero andante no pudo ser andaluz, aunque tal vez, al principio, pensara hacerle

andar por la andaluza tierra. ¿Concebís siquiera un Don Quijote sevillano? ¿Creéis que en Andalucía pudiera criarse un caballero enamorado tan castísimamente platónico, ni tan absolutamente grave en todos sus hechos y palabras? Le parecía bien á Miguel que Don Quijote fuese manchego, de lugar donde el cielo y la tierra se besan constantemente al amanecer y al anochecer, como los esposos puros de la leyenda áurea, sin penumbras tentadoras de árboles y selvas, ni cantos alegres de ríos serpenteantes y voluptuosos. Necesario era también que fuese manchego Sancho. Facílísimo le hubiera sido á Miguel hacer del escudero un hampón gracioso, un socarra, un rufo de Sevilla, como tantos otros por él pintados: pero este contraste hubiera sido excesivamente burdo. No: Sancho había de ser otro manchego, como su amo, grave y digno, incapaz de proferir un chiste. Notemos que Sancho no dice gracias ni agudezas jamás: sus frases y refranes son oportunos por su naturalidad ó por su incongruencia aparente, según los casos, pero la gracia está en la figura y en la situación, como conviene al verdadero humorismo.

Todos los pormenores relativos á la locura de Don Quijote, tan sóbriamente apuntados, le parecían á Cervantes discretos y puestos en su lugar. Le agradaba la primera salida, la descripción del campo de Montiel y de cómo el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor como entra siempre el sol de la Mancha en Julio. Juzgando para sus adentros, celebraba Cervantes su oportunidad y tino en la llegada de Don Quijote á la venta.

Esta llegada—pensaba—es nobilísima. Todas cuantas razones Don Quijote profiere son corteses y caballerescas. Bien es que tome al orondo y pacífico ventero por un poderoso castellano y á las blanqueadas mozas del partido por nobles doncellas. La grandeza de su situación no le impide tener hambre y manifestarla sin retóricas, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Como se forma una idea fantástica de cuanto le circunda, Don Quijote no tiene tampoco noción del tiempo. Al poco rato de velar las armas le dicen que han pasado cuatro horas, y se lo cree. La escena de armarse caballero es manifiesta parodia de los libros de caballerías, pero la primera

aventura, la de Juan Haldudo, el rico labrador del Quintanar, no es sino de la realidad misma, sin que en ella haya nada altisonante y desaforado. Cualquiera, sin ser caballero ni conocer á Amadís, haría lo que hace Don Quijote, juzgando y hablando con toda cordura. Al final de su reprensión lanza como un grito de guerra su nombre sonoro á los vientos: "que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones," con el mismo orgullo con que lo hace en las batallas de su poema Miciú Ruy Díaz. Aquel es el primer choque de Don Quijote con la amarga realidad, con arte sublime preparado, pues la buena acción resulta fallida y contraproducente. La reaparición del muchacho Andrés al cabo de muchos capítulos, y sus maldiciones á Don Quijote y á sus caballerías, son un pequeño poema de Campoamor intercalado con la intuición de lo que hay de humorismo irreparable en la vida.

Los mercaderes toledanos aparecen á Don Quijote como tanta gente soberbia y descomunal se le había presentado á Cervantes en la vida. Confía Don Quijote que la razón servirá antes que la fuerza. Las palabras del mercader burlón, pura, fina é hidalgamente toledanas, que es como decir de la más graciosa y encubierta sorna que existe en España, preparan cruelmente la brutalidad del mozo de mulas. A Don Quijote le han apaleado por primera vez, y como reputaba imposible tal insulto, no puede menos de emplear el gran recurso español de volver los ojos á la dorada leyenda, recordando el romance del Marqués de Mantua, y entregándose á las consiguientes lamentaciones. El vecino Pedro Alonso es la primer alma cuerda y compasiva que hace algo porque Don Quijote vuelva á la razón. El malferido caballero se revuelve orgulloso al oír mentar sus locuras, y exclama, con altivez misteriosa como obedeciendo al pensar de su autor: "Yo sé quien soy, y sé que puedo ser no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares..." donde se ve la arrogancia castellana fanfarroneando al día siguiente de la derrota.

Por no cansar los ánimos de los leyentes, introduce Miguel aquí el escrutinio de la librería de Don Quijote, donde apunta sus gustos y preferencias críticas, halaga á sus amistades y consigna

sus desgracias. Aparecen allí el cura y el barbero, aquél ingenioso, delicado, socarrón, como tantísimos clérigos que había entonces en España, á quienes aún no había invadido la oleada de tristeza negra que después cubrió y embadurnó todo cuanto con la religión tenía algo que ver. Este cura, Pedro Pérez, es un descendiente de los alegres clérigos españoles de que tan pocas muestras se ven ya en las ciudades, raza simpática y bondadosa, humana é indulgente que valió á la religión más imperio en las almas que todos los tetricos razonamientos de frailes y predicadores. El cura Pedro Pérez no mentaba á sus feligreses el infierno sino en último caso; su discreción mundana se echa de ver desde las primeras réplicas á Don Quijote.

Cuando el buen hidalgo ve tapiada su librería, procede como loco á quien se le ha secado el cerebro (hoy decimos á esto falta de riego sanguíneo en la corteza cerebral): vuelve y revuelve los ojos *sin decir palabra*. ¿No es de loco *clavado* esta actitud?

Sale á relucir Sancho, cuya salida era menester preparar. El estado de ánimo propio de este sota-grande hombre al salir con Don Quijote, en el rucio "hecho un patriarca, con sus alforjas y su bota," es el mismo de los hidalgos extremeños y castellanos al partir para las Indias, sin saber lo que ello sería, atraídos por la curiosidad y la ganancia: él no sabía lo que eran ínsulas, reinos ni gobiernos; quizás no conocía el nombre del Rey como les sucede hoy mismo á muchos labriegos y pastores de su tierra, pero en la bajeza de su alma cabían todas las ambiciones: sentíase capaz de ser emperador, aun cuando ignoraba con qué se comiese tal título. Don Quijote, un poco alucinado, un poco ladino, no quiere que su escudero aspire á poco, antes bien cultiva su ambición diciéndole: "no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con ménos que con ser adelantado."

Al salir ya Don Quijote prevenido con su escudero y todo el matalotaje de las caballerías andantescas ¿cuál había de ser su primera aventura sino la ya entrevista desde muchacho por Cervantes, tal vez al divisar los molinos del Romeral, ó los de la Mota del Cuervo ó los de Criptana? Necesitaba acreditar con una temeridad épica la verdadera y denodada valentía de Don Quijote.